

2. El vacío urbano y la ciudad interrumpida. Para una geografía urbana de los tiempos muertos

Francesc Muñoz

Observatorio de la Urbanización

Máster en Intervención y Gestión del Paisaje y el Patrimonio

Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona

El estallido de la burbujas inmobiliarias a partir del año 2007 sorprendió a las ciudades de la Europa mediterránea con la aparición de dinámicas ciertamente inesperadas, como por ejemplo la crisis de actividades económicas, con la consecuente proliferación de instalaciones y locales cerrados o vacíos en el espacio urbano, o la multiplicación de espacios a medio construir, literalmente en espera, como resultado de la incapacidad por parte de las iniciativas privadas y públicas de finalizar proyectos de urbanización, infraestructuras, equipamientos o residencia.

Toda una retahíla de espacios urbanos vacantes se hacía así presente en la ciudad construida; una vieja postal urbana, metáfora de una ciudad (de nuevo) en crisis, que volvía a recordar repentinamente aquellas imágenes de archivo en la que los espacios vacíos, a medio construir o medio abandonados, habían representado el icono más contundente de las duras reconversiones industriales de las décadas de 1970 y 1980. Unas imágenes de la crisis que los reflejos deslumbrantes del cristal y el titanio con los que se habían adornado las nuevas construcciones en los frentes marítimos, centros históricos o antiguos barrios habían hecho olvidar.

Locales comerciales vacíos, espacios públicos sin ordenación y solares con diferentes grados de formalización incompleta puede que hayan sido los tres tipos de espacio que más han caracterizado esta hipersensibilidad del vacío urbano en el momento actual.

Si bien es verdad que los espacios desocupados son una constante en la evolución lógica de todo proceso de evolución y transformación urbana (y también es cierto que algunos tipos de vacíos urbanos, como los intersticios entre infraestructuras viarias o ferroviarias o los típicos espacios al borde de la ciudad de carácter periurbano, nunca habían desaparecido de paisaje metropolitano), tenemos que admitir igualmente que las ciudades se habían entendido hasta no hace mucho tiempo a partir de una retórica que las caracterizaba como entornos llenos, ya remachados y sin posibilidad de ocupación. Un diagnóstico seguramente del

todo adecuado y de la mano del ciclo económico expansivo del que la actividad constructora fuera de toda escala había sido la principal resultante desde la década de 1990.

Seguramente por la contundencia repentina del proceso de crisis, la presencia del vacío urbano ha monopolizado la atención de forma notable durante la última década, hasta el punto de constituirse en tema de debate de orden distinto, objeto de incontables proyectos de urbanismo alternativo o táctico y emblema de muchas propuestas de intervención y gestión urbana.

2.1. El inesperado redescubrimiento del espacio vacío urbano

Sin negar en absoluto la novedad del escenario, este redescubrimiento del vacío urbano se ha planteado muchas veces de forma bastante ingenua y se ha atribuido a la proliferación de vacíos en la ciudad un rango de nueva tendencia urbana cuando, en realidad, un mínimo ejercicio de genealogía de la ciudad vacía nos llevaría hacia el pasado para revisar los procesos de fractura urbana propios y característicos de las grandes metrópolis en períodos bien específicos y conocidos: a veces, coincidiendo con momentos de expansión desmesurada del hecho urbano —como pasa en el período que va desde las últimas décadas del siglo xix a las primeras del siglo xx y en las que aparecen innumerables periferias urbanas, extrarradios y toda una variadísima galería de situaciones que ejemplificarían la conocida idea de ciudad interrumpida—; otras veces, caracterizando momentos de fuerte contradicción y crisis de la máquina urbana —como pasa con el descenso industrial de los años setenta de siglo xx, que presenta calendarios e intensidades diversos según las diferentes ciudades—. En todas esas situaciones, la presencia del vacío urbano siempre atrajo la atención de estudiosos y teóricos de la ciudad y concitó igualmente el interés de los proyectistas.

Las páginas que siguen intentan establecer un mínimo itinerario para caracterizar esta presencia antigua del vacío urbano en la ciudad subrayando, al mismo tiempo, por qué su nueva aparición nos resulta, al fin y al cabo, especialmente reveladora de una nueva condición urbana en el momento actual.

Considerando el espacio disponible, limitaremos esta mirada retrospectiva al período que va desde la década de 1970 al momento actual y no entraremos en el análisis de la presencia del vacío urbano en momentos

anteriores a la evolución de la ciudad que, como se comentaba antes, serían igualmente relevantes.

Esta explicación pretende, por lo tanto, situar el vacío urbano con una mínima perspectiva y afirmar que, lejos de ser un cuestión nueva, la concepción del espacio vacío en la ciudad es parte esencial del imaginario colectivo, hasta el punto en que se puede argumentar la existencia y el progresivo establecimiento de un canon estético del paisaje urbano vacío por lo que respecta a la percepción del entorno. A partir de esta primera batería de argumentos, se presenta una selección de atributos que caracterizan actualmente el vacío urbano y subrayan su personalidad y el carácter definidor de la realidad urbana contemporánea. Por lo tanto, rehuyendo las interpretaciones excepcionalistas, la presencia del vacío urbano, considerando todas sus posibles manifestaciones, representaría, sino todo lo contrario, una constante estable y reveladora de la verdadera condición metropolitana de la ciudades actuales.

Finalmente, la discusión se cierra con una valoración de los innegables nuevos contenidos que el vacío urbano representa en el momento presente, en el que el escenario urbano se erige como punto de encuentro de dinámicas de cambio y transformación impulsadas, por un lado, por el proceso de digitalización global de la sociedad y, por otro, por un contexto de profunda crisis económica y social.

En el punto de mira, hay unas ciudades donde coinciden, de forma contradictoria y paradójica, la ocupación sistemática del tiempo con la proliferación del espacio sin ocupar.

2.2. El vacío urbano: de la ausencia a la estetización

La percepción del paisaje urbano como una secuencia de morfologías y ambientes que son el resultado del proceso de ocupación del vacío que el territorio no urbanizado representa ha sido, quizás, una de las herencias más claras del urbanismo y la arquitectura del siglo xx. Sin embargo, desde la década de 1970 esta percepción acumulativa y lineal de la constitución del paisaje urbano fue rebatida por el desarrollo de una mirada que, en cambio, subrayaba las imperfecciones, las discontinuidades y las interrupciones del proceso de urbanización, a partir del reconocimiento del vacío urbano como parte esencial de la ciudad real. Una mirada que se alejaba, por lo tanto, de la visión excepcionalista, que había considerado los vacíos urbanos como anécdotas, accidentes o simples contradicciones en el proceso de ocupación de la ciudad; meras erratas en el palimpsesto

urbano, esperando ser corregidas y reescritas por la nueva construcción del territorio.

El énfasis actual sobre el carácter, la personalidad y las valencias de los espacios vacíos urbanos no es, por lo tanto, un hecho nuevo ni representa tampoco una innovación como a veces parece proponerse. En realidad, al menos desde los años setenta del siglo pasado, la reflexión desde distintas corrientes de pensamiento —del postestructuralismo en filosofía a la posmodernidad historicista en arquitectura— ya empezó a entender los vacíos urbanos como realidades con suficiente entidad semiótica y simbólica en el contexto de la ciudad.

A partir de entonces, palabras como *intersticio* o *residuo* fueron apareciendo progresivamente en los artículos de fondo en revistas de referencia y también en debates en la prensa no especializada. Un nuevo vocabulario urbano repleto de metáforas descriptivas que reelaboraban con distintos nombres—tenemos que decir que no siempre con el mismo acierto— el concepto original de la «heterotopía», sugerido por el trabajo seminal de Michel Foucault a medianos de la década de 1960.

En esta nueva familia de palabras, que ciertamente se mostraban efectivas a la hora de explicar el estado del espacio urbano, el término *terrain vague*, propuesto por Ignasi de Solà-Morales en la década de 1960, puede que fuera el que mejor recogió ese cambio de rumbo que descubría matices y posibilidades para el proyecto de ciudad allí donde el urbanismo tradicional solo había visto terrenos sin cualidades y sin atributos significativos, más allá de la ausencia de nada construido y su valor como territorio expectante.

Desde perspectivas distintas, por lo tanto, el vacío urbano dejaba así de interpretarse como un espacio sin significado, con contenido transitorio, y siempre en espera de atributos, que la urbanización tendría que otorgar posteriormente. Sino todo lo contrario, tanto las afueras urbanas a medio construir, ocupadas históricamente en oleadas, como las interrupciones del tejido interior de la ciudad, todas cicatrices heredadas de la virulencia imperfecta de anteriores procesos de urbanización, se mostraban, con una categórica voluntad de permanencia, como paisajes *per se*; como manifestaciones materiales y tangibles del fracaso de la modernidad enfrentada al espacio de la ciudad del siglo xx.

Se hacía entonces evidente una dolorosa constatación: los vacíos urbanos en su diversidad morfológica no representaban ya, en realidad, ningún hecho puntual ni excepcional, sino que iban adquiriendo la categoría de paisajes esencialmente constituidos por el *patchwork* de imágenes metropolitanas que configura el escenario de las relaciones humanas de la ciu-

dad actual. Un gesto conceptual que desnudaba las carencias de esa mirada excepcionalista que había mantenido estos espacios ausentes del canon del paisaje urbano, literalmente fuera de la imagen de la ciudad canónica.

Una ausencia del discurso académico, técnico y político que explica, quizá, la presencia casi continua del vacío urbano en el mundo del arte, en la pintura primero y en la fotografía y las artes visuales después. No es un hecho anecdótico ni poco importante, ya que hablamos de plataformas privilegiadas para la representación cultural y la narración social de la transformación urbana. De hecho, podríamos trazar los perfiles de cierta genealogía de estos reconocimientos del espacio vacío desde la representación artística de la ciudad: empezando, por ejemplo, por las periferias azarosamente vacías del pintor Mario Sironi, que mostraban los primeros suburbios industriales en las ciudades italianas durante el período de entreguerras, y terminando con las instantáneas de fotógrafos como Gabriele Basilico o Guido Guidi, que en las últimas décadas del siglo xx subrayaban el perfil de unas afueras urbanas donde la iconografía del vacío se mostraba triunfante en toda su extensión.

En este itinerario de raíz cultural y estética, se puede apreciar bastante bien como la principal cualidad del vacío urbano, el extrañamiento de la ciudad formal y sus atributos canónicos de orden y belleza constituyen paradójicamente su atributo primordial. Un carácter de alteridad que aparece ciertamente enaltecido si revisamos la mirada de artes visuales como la fotografía o el cine.

En este sentido, la deconstrucción del arquetipo o canon de belleza urbana que radica en todo este proceso lo resumía claramente el fotógrafo Manolo Laguillo en 1992:

«En la historia de la fotografía se pueden apreciar dos movimientos respecto a lo que ha merecido la atención de los fotógrafos. Por un lado, estos se han fijado en objetos, personas o paisajes encuadrables dentro de los cánones oficiales de belleza [...] Pero, por otro lado, los fotógrafos han atendido a objetos, personas o paisajes no encuadrables dentro de esos mismos cánones oficiales de belleza [...] Nuestra idea de la belleza es distinta desde que existe la fotografía. Que lo fotografiado sea “bello” no garantiza que su fotografía también lo acabe siendo. Y viceversa: por que una fotografía sea “bella” no debemos suponer que la escena también lo es.»

2.3. Los paisajes del vacío urbano y la creación de un canon estético

Quiero sugerir, por lo tanto, una hipervisibilidad de la condición del vacío urbano, que ciertamente es muy anterior a la efervescencia actual del debate sobre este tipo de espacio y que lo define como un objeto estético, a partir de la progresiva gestación de un canon propio, anclado en uno de los rasgos más característicos de la sociedad posmoderna: la mirada romántica y nostálgica hacia la ciudad.

Efectivamente, el gusto romántico y nostálgico propio de las sociedades tardocapitalistas adivina e idealiza las postales del momento previo a la colonización urbana en los horizontes hoy interrumpidos y fragmentados de la periferia, allí donde el vacío urbano se hace presente con toda preeminencia, pero constata, igualmente, el sentimiento de pérdida como resultado de la indefinición, de la indeterminación que comunican los fragmentos urbanos que permanecen vacíos en la ciudad interior, configurados en cierto modo como preguntas sin respuesta que fustigan la piel de la ciudad formal.

Esta mirada romántica y nostálgica y el canon estético del vacío urbano que le corresponde presentan algunos denominadores comunes fácilmente reconocibles en la forma en que definimos el vacío urbano en el momento actual. En este sentido, se pueden reseñar ahora tres aproximaciones, tres formas de concebir el espacio vacío en la ciudad, asociadas a tres de las metáforas de mayor éxito y predicamento desde el último cuarto del siglo xx y hasta el momento actual:

- El vacío como grieta en la continuidad visual del paisaje urbano: la metáfora de la «ciudad interrumpida».
- El vacío como indeterminación formal del espacio urbano: la metáfora de la «ciudad indefinida».
- El vacío como residuo y herencia del espacio urbano obsoleto: la metáfora de la «ciudad abandonada».

2.3.1. El vacío como grieta: interrupción y fragmentación del paisaje urbano

La idea de fragmentación, consustancial a esta definición del vacío urbano, tiene mucho que ver con la presencia y el encaje de las infraestructuras sobre el territorio. En términos del canon estético, los trazados de las vías ferroviarias y las carreteras son los responsables de la aparición del inters-

ticio como realidad urbana, ya que traduce y materializa el concepto del vacío urbano en el escenario concreto de la ciudad en expansión en diferentes momentos históricos desde las primeras décadas del siglo xx.⁶²

La bien conocida serie de grabados con el título común de *La ciudad*, de Frans Masereel (1925), o el vertiginoso arranque del film documental de Walter Ruttmann, *Berlín, sinfonía de una gran ciudad* (1927), serían buenos ejemplos de este vínculo estético entre la infraestructura lineal y el paisaje de las afueras urbanas. Una relación subrayada ciertamente por la interrupción del paisaje y la presencia intermitente, aunque continua, del vacío urbano que se terminaría de establecer en los imaginarios urbanos del siglo xx a partir de la popularización del automóvil y la autopista como elementos progresivamente asociados a la vida metropolitana.

Puede que el concepto que, de forma más clara y comprensiva, ha ido recogiendo toda esta producción de imaginario sea el de *cercanías*, sin duda presente en nuestra cultura urbana actual en alusión a una textura urbana azarosamente salpicada por la insistente ubicuidad del vacío urbano.

2.3.2. El vacío como forma indeterminada: indefinición y extrañamiento del paisaje urbano

Sin duda, la indeterminación de la forma urbana y la ausencia de perfiles definidos del paisaje de la ciudad son atributos que han contribuido claramente a consolidar el canon estético que hemos sugerido anteriormente.

Aunque algunas artes visuales de alcance tan importante como el cine han mostrado siempre estos elementos como ciertamente consustanciales al paisaje de la ciudad contemporánea, la década de 1980 significó un claro redescubrimiento de la imagen de vacío urbano, específicamente asociada a estas características.

Cabe decir que algunos fenómenos globales de cariz económico —como la destrucción y la relocalización de la industria que iba desapareciendo de sus antiguas implantaciones urbanas— o político —como el final de la guerra fría, que significó cambios importantes respecto a la evolución de los mercados de suelo urbano en Europa— dieron una intensa y nueva visibilidad a estos espacios urbanos caracterizados por su indefini-

62. Para una elaboración con profundidad del carácter tipológico del vacío metropolitano y su íntima relación con elementos como las infraestructuras viarias, ver el trabajo de Xavier VANCELLS GUÉRIN: *Vacios infraestructurales: estrategias operativas para el proyecto de la ciudad contemporánea*.

ción. Inesperadas brechas urbanas, agujeros en el tejido de la ciudad, manifestaban entonces extrañamiento respecto a la imagen canónica del paisaje urbano, construido y consolidado. Ante la modernidad representada por los planes de urbanismo, una ciudad sorprendentemente indeterminada y vacía no solo se hacía evidente, sino que, además, resultaba inesperadamente atractiva.

Seguir la huella cultural de estos espacios urbanos vacíos, indeterminados e indefinidos a la vez, nos llevaría a identificar momentos en la evolución de la ciudad y escenarios concretos con una fuerte carga icónica, empezando, por ejemplo, por el Berlín de los años anteriores e inmediatamente posteriores a la destrucción del muro en 1989 y terminando con la imágenes del Detroit actual, literalmente definido en muchas áreas de su territorio por la presencia de fragmentos urbanos abandonados, como consecuencia de la caída en desgracia del urbanismo *subprime*; sin olvidar los lugares tipológicos de la ciudad donde los *terrain vague* se han ido haciendo evidentes de forma más rotunda durante la últimas tres décadas: de las estaciones de tren en desuso a los frentes portuarios vacíos y barrios industriales de primera generación en declive. Una categoría de espacios urbanos que se han ido arrogando con inesperada fuerza el rol de iconos privilegiados del espacio vacío en la ciudad.

2.3.3. El vacío como residuo: abandono y obsolescencia del paisaje urbano

La progresiva aparición de paisajes-ruina, resultado del abandono o de inacabados procesos de urbanización, constituye uno de los fenómenos de mayor interés en la evolución reciente del territorio de las ciudades. Su multiplicación no hace más que confirmar la hipótesis de que algunos territorios van quedando obsoletos, de la misma forma que cualquier otro producto de consumo, ya que son, literalmente, abandonados y reemplazados por otros en el desempeño de sus funciones económicas.

Así, una cartografía meramente intuitiva de vacíos urbanos caracterizados como paisajes-residuo incluiría el conocido caso de la ruinas industriales en toda Europa, consecuencia directa de los procesos de desindustrialización y deslocalización productiva; las ruinas del almacenaje y el comercio mayorista, bien representados por los hipermercados de primera generación que aparecen abandonados en las zonas cerca de las autopistas secundarias en países como Francia; las ruinas del ocio, que se encuentran en no pocas ciudades británicas, donde *Piers* y los primeros parques de atracciones urbanos han sido abandonados, sustituidos en sus funcio-

nes por los nuevos espacios *resort* fuera de la ciudad; o, más recientemente, las ruinas del proceso de construcción del territorio, resultado del estallido de las burbujas inmobiliarias globales, que contabiliza una multitud de proyectos de urbanización inacabados por todos lados.⁶³

Estos paisajes en *stand-by* representan icónicamente y de forma fiel los atributos del abandono y la obsolescencia, a través de las pequeñas piezas dentro de la trama urbana más consolidada y los grandes paquetes de suelo de carácter residencial o industrial inacabados y en espera en las zonas periurbanas y suburbanas.

2.4. Los atributos del vacío urbano: ambigüedad y contradicción

El conjunto de elementos constitutivos del vacío urbano que se han reseñado brevemente subrayan, por lo tanto, la fragmentación y la interrupción, la indeterminación y el abandono como cualidades formales fuertemente relacionadas con la configuración física de este tipo de paisaje, de forma que las podemos entender como una serie de condiciones materiales, específicamente propias y que han contribuido esencialmente a establecer el canon estético de vacío urbano.

De este modo, la fragmentación y la interrupción del paisaje urbano califican el vacío en términos de intersticio; la indeterminación lo hace en términos de *terrain vague*; mientras que el abandono, por último, lo define más bien a partir de la idea de la ruina, de huella aún físicamente presente pero incapaz de esconder su naturaleza obsoleta y residual.

Estas condiciones materiales inciden, de hecho, sobre dos cualidades representativas, dos categorías que, de forma genérica, nos permiten acabar de definir la naturaleza del vacío urbano: ambigüedad y contradicción.

En este sentido, el vacío urbano sería, por definición, ambiguo y contradictorio y se opondría, por lo tanto, a la ciudad precisa y coherente. En este punto recae parte de la efervescencia de su éxito actual, ya que se adapta mejor que cualquier otra imagen urbana a la ciudad de la crisis, porque si alguna cosa caracteriza la ciudad fracturada es la confluencia de toda una galería de fenómenos sociales y económicos, de naturaleza nada precisa o coherente, sino más bien ambigua y contradictoria.

A pesar de que los dos atributos serían compartidos por todo tipo de

63. Para una visión concreta y elaborada de este proceso de urbanización inacabado, ver el trabajo de Julia SCHULZ-DORNBURG: *Ruinas modernas: una topografía del lucro*.

vacío urbano, es indudable que las dosis de ambigüedad y contradicción resultarían ciertamente distintas en función de algunas cuestiones clave, entre las que destacan dos de concretas: por un lado, la escala o dimensión física del espacio vacío, y, por el otro, su localización o su naturaleza de carácter más urbano o metropolitano.

Es por eso que los comentarios que siguen sobre ambos atributos se han orientado asociando la ambigüedad más con el espacio vacío de carácter urbano, mientras que la contradicción se ejemplifica más vinculada con el espacio vacío de carácter metropolitano.

2.5. Ambigüedad: el vacío urbano y la naturaleza impredecible de la ciudad

En sus *Lezioni americane* (1993), Italo Calvino definía la exactitud, o *esattezza*, a partir de tres elementos.

«Exactitud quiere decir para mí sobre todo tres cosas:

- »1. Un diseño de la obra bien definido y bien calculado;
- »2. la evocación de imágenes nítidas, incisivas y memorables [...];
- »3. un lenguaje lo más preciso posible como léxico y como expresión de los matices del pensamiento y de la imaginación.»

La idea de ambigüedad, opuesta por lo tanto a esta noción general de precisión, se referiría a la capacidad de un objeto de poder ser entendido de distintas formas o de admitir varias interpretaciones. En este sentido, las palabras del filósofo Josep Ramoneda, escritas al principio de la década de 1990, cuando intentaba caracterizar los espacios vacíos abiertos definidores de las periferias urbanas, resultan aún bastante esclarecedoras.

«Existe cierta ambigüedad en este territorio. Como todas las cosas que suceden en los límites, en las fronteras, es terreno abierto al contrabando y a la confusión: es de un lado pero tiene un pie en el otro; es territorio definido pero tiene posibilidades de expansión, de forma que aquello que ayer era periferia mañana puede acabar siendo el centro [...].»

Sin embargo, lo más relevante de este carácter ambiguo de la periferia es el hecho de que, precisamente por el amplio abanico de significados posibles que coexisten, se trata de un fenómeno espacial que da lugar a la incertidumbre, lo que introduce la duda y la imprevisibilidad.

Puede que el ejemplo de paisaje urbano que mejor ejemplifique la fuerte capacidad sugestiva que indican las anteriores categorías sea, de nuevo, el *terrain vague*. Según la definición propuesta por el mismo Ignasi de Solà-Morales:⁶⁴

«Son lugares aparentemente olvidados, donde parece predominar la memoria del pasado sobre el presente. Son lugares obsoletos en los que solo ciertos valores residuales parecen mantenerse a pesar de su completa desafección de la actividad de la ciudad. Son, en definitiva, lugares externos, extraños, que quedan fuera de los circuitos, de las estructuras productivas [...] Son sus bordes faltos de una incorporación eficaz, son islas interiores vaciadas de actividad, son olvidos y restos que permanecen fuera de la dinámica urbana [...] En definitiva, lugares extraños al sistema urbano, exteriores mentales en el interior físico de la ciudad que aparecen como contraimagen de la misma, tanto en el sentido de su crítica como en el sentido de su posible alternativa.»

La respuesta de la arquitectura y el urbanismo por lo que respecta a estos paisajes de vacío urbano ha sido tradicionalmente introducir formalización espacial para enjuagar, aclarar, perfilar y definir. En otras palabras, la relación de la modernidad con el vacío urbano siempre ha sido la de restar, de la forma más eficaz y eficiente posible, ambigüedad, por lo menos morfológica, a la condición de periferia que el vacío representa fielmente. Como explica Solà-Morales en el mismo texto:

«Parece que todo el destino de la arquitectura ha sido siempre el de la colonización, el poner límites, orden, forma, introduciendo en el espacio extraño los elementos de identidad necesarios para hacerlo reconocible, idéntico, universal. Pertenece a la esencia misma de la arquitectura su condición de instrumento de organización, de racionalización, de eficacia productiva capaz de transformar lo inculto en cultivado, lo baldío en productivo, lo vacío en edificado.»

64. La primera aparición del concepto corresponde al texto «Terrain vague», publicado en la revista *ANY*, la publicación que durante siete años, entre 1993 y 2000, agitó con gran influencia los debates sobre arquitectura. El artículo apareció en el número titulado *ANYplace*. Ver también, al respecto, la traducción en castellano del texto del volumen recopilatorio de Ignasi de Solà-Morales, *Territorios*.

2.6. Contradicción: el vacío urbano y la naturaleza indiferente de la metrópolis

La idea de contradicción, opuesta a la de coherencia, tiene que ver con la coexistencia de cualidades contrarias que se manifiestan al mismo tiempo, de forma que se niegan mutuamente. Sin duda, el rol territorial de los vacíos urbanos y metropolitanos como playa de acogida para todos aquellos usos y actividades que no encuentran su lugar y encaje en la ciudad ha favorecido históricamente esta condición.

La coincidencia, por tanto, de usos muchas veces poco compatibles pero compartiendo el mismo espacio ha hecho adquirir al vacío urbano un carácter estéticamente posibilista, asociado a la evidencia de que cualquier acontecimiento, por inesperado que pueda resultar su presencia, puede hacerse evidente en el espacio urbano.

El arquitecto Hilde Heynen, cuando describía las imágenes más recurrentes de las periferias urbanas a finales del siglo xx, enfatizaba precisamente este carácter que aún hoy podemos ver reflejado en estos vacíos urbanos de dimensión, situación y escala más metropolitana.

«En la periferia actual, viviendas suburbanas se combinan con centros de exposiciones, gasolineras con palacetes, zonas industriales en desuso con equipamientos destinados al ocio, edificios de apartamentos con fábricas de cerveza, parques científicos con centros de asilo, restaurantes de carretera con complejos agroindustriales. Esta heterogeneidad no está estructurada por un espacio público coherente ni por una fuerte forma urbana. Habitualmente, es el resultado de una simple yuxtaposición de elementos que no se interfieren entre sí, y de ahí que no generen ninguna simbiosis [...].»

No sucede así en la ciudad formalizada, allí donde la planificación de los usos y la norma urbanística establecen estrictos criterios de coherencia independientemente de la escala —de los hechos de gran dimensión y calado, como las intensidades de construcción que pueden lograr las diferentes actividades, al detalle más pequeño, como las distancias entre fachadas.

El vacío urbano metropolitano, en cambio, se caracteriza por ser un territorio en código abierto, donde usos inesperados se intercalan entre aquellos más tradicionales, dando como resultado un paisaje interrumpido e intermitente, donde cualquier ritmo visual se ve alterado por silencios, pausas y el insoslayable ir y venir sincopado de las imágenes que se perciben. Una intermitencia de los usos, además, acentuada por su impor-

tante dinamismo, lo cual hace que aquellos muten continuamente y nunca se presenten de la misma forma en que aparecerían en la ciudad formal.

Tal y como el arquitecto Manuel de Solà-Morales escribía en 1992 analizando las cualidades del vacío en los espacios metropolitanos de carácter periurbano:

«Lo que los lugares periféricos evocan no son solo las imágenes de vacío expectante, sino sobre todo la sensación de indiferencia en la posición de las cosas. No es indiferencia de las cosas, sino indiferencia de las cosas entre sí. Esta falta de diferencia es la que convierte a la periferia en terreno vertiginoso para las imágenes, y el cine y la fotografía han cogido la fuerza de estos paisajes donde tanto la actividad como la construcción son siempre más débiles que el espacio desnudo donde pertenece [...].»

Efectivamente, es el paisaje periurbano donde los vacíos recogen mejor esta fuerza del territorio desnudo, donde actividades y construcciones componen, con su alterna presencia y ausencia, un gradiente paisajístico contradictorio e indiferente, tradicionalmente recogido en el imaginario urbano por la idea de «descampado».

Así, las afueras entre ciudades, las cercanías de aeropuertos y estaciones, o las franjas de territorio litoral, casi continuamente reclamadas por elementos de urbanización, son algunos escenarios donde la acumulación, discontinua y fragmentaria, de los usos expresa mejor el retorcido encaje entre los lindes urbanos y el mundo agrícola o natural con el que conviven. Es decir, el «ecotono» privilegiado del espacio vacío fuera de la ciudad. Citando de nuevo las palabras de Heynen:

«La ilegibilidad y la elusividad son características de las zonas que sufren una condición periférica. Uno no puede detectar principios estructurales, los límites son vagos, las transiciones son a menudo borrosas. No hay impresiones duraderas. Es como si el ojo no pudiera percibir imágenes precisas, como si necesariamente se mantuviera desenfocado cuando uno intenta recordar los detalles de una situación determinada.»

Si consideramos este conjunto de cualidades —ilegibilidad, efusividad, falta de estructura y límites, transiciones borrosas, impresiones desenfocadas—, podemos obtener una definición bastante clara de lo que significa un paisaje indiferentemente interrumpido. Podríamos también convenir

fácilmente que los paisajes metropolitanos comparten, sin duda alguna, estos atributos y concluir subrayando el papel ciertamente clave que las diferentes traducciones del espacio vacío —del intersticio al descampado— tienen en la composición final y en la percepción del espacio metropolitano. Puede ser, al fin y al cabo, el paisaje que mejor representa a la ciudad contemporánea que habitamos hoy.

2.7. El vacío urbano hoy: éxito actual de una imagen antigua

Como mencionábamos al principio, tan ingenua resulta la discusión pretendidamente nueva sobre el vacío urbano en la ciudad como no reconocer los nuevos valores que este tipo de territorio representa actualmente en el contexto de la ciudad de la crisis social y económica.

Una explicación plausible de este éxito de vacío urbano actual dirigiría la respuesta en tres direcciones distintas:

En primer lugar, como se comentaba antes, el vacío urbano refleja, en términos de imaginario colectivo y a partir de sus atributos de ambigüedad y contradicción, la crisis de la ciudad y las múltiples fracturas económicas y sociales que la caracterizan mejor que cualquier otra imagen urbana.

En segundo lugar, el vacío urbano subraya con una nueva fuerza algo que la crítica posmoderna ya había avanzado durante las dos últimas décadas del siglo xx: la imposibilidad de concebir la ciudad actual como un todo estable y lógicamente comprensible a partir, sobre todo, del reconocimiento de la noción de incertidumbre.⁶⁵

Finalmente, el vacío urbano enfatiza la existencia de interrupciones físicas en el tejido de la ciudad, precisamente en un momento en que el proceso de digitalización de la sociedad y el intenso y constante uso de las tecnologías digitales está haciendo posible la completa y continua ocupación del tiempo en la vida cotidiana de las personas.

65. Así, de la filosofía —con aportaciones clave como *El pensamiento débil* de Gianni Vattimo— hasta la investigación científica —con lecturas transgresoras de la modernidad como la *lógica borrosa* o la *ciencia posnormal* de Silcio Funtowicz—, los principios de indeterminación y la idea de incertidumbre fueron popularizados y se terminaron traduciendo en conceptos similares, adecuados, sin embargo, al estudio de los espacios urbanos. Costaría, solo por poner un ejemplo, entender el éxito rotundo de un término como el de *resiliencia urbana* sin considerar todo este recorrido anterior.

Así, de forma contradictoria y paradójica, en la ciudad actual coincide la ocupación sistemática de tiempo con la proliferación del espacio sin ocupar. Una nueva relación extraña y hasta inquietante entre tiempo y espacios urbanos, en la que el inexorable proceso de aniquilación de los «tiempos muertos» convive con la repentina multiplicación de lugares caracterizados, precisamente, por su indefinición y ausencia de contenidos, y, así, un tiempo urbano con una clara vocación de devenir ininterrumpido convive con los espacios que mejor caracterizan la ciudad interrumpida hoy.

Como cierre de nuestro argumentario, a continuación profundizaremos un poco en la explicación de esta última paradoja.

2.8. El vacío urbano en la ciudad sin «tiempos muertos»

La progresiva desaparición de los tiempos muertos es una de las consecuencias más claras del proceso de digitalización que caracteriza a las sociedades actuales. Para entender este resultado, primero hay que hablar mínimamente de la construcción cultural del tiempo que caracteriza la tecnología digital.

Algunos autores como Andrew Darley han explicado de forma clara cómo este proceso de digitalización ha rebasado el umbral de los procesos tecnológicos y económicos para empezar a caracterizar ya dinámicas sociales y culturales.

Lo que en este contexto Darley llama *cultura visual digital* sería una especie de nuevo código de comportamiento urbano caracterizado por el uso y el consumo, prácticamente continuos, de medios de comunicación y entretenimiento de carácter visual digital. De la televisión al ordenador personal, de las páginas web a las cámaras para grabar o transmitir imágenes, de los videojuegos a la efervescencia actual de las redes sociales, la cultura visual digital ocupa ya tanto el tiempo productivo como el reproductivo, tanto el espacio público como el privado, gracias a la progresiva popularización de la telefonía móvil de última generación.

Por tanto, en el escenario de la ciudad actual coexisten dos tipos de tiempo distintos: por un lado, el tiempo propio de los lugares, del territorio físico y de las acciones presenciales que hacemos en las calles, en los edificios, en los parques o en los supermercados de la ciudad. Por otro lado, otro tiempo propio y específico de los entornos digitales y mediáticos que, gracias a la portabilidad del teléfono móvil, se caracteriza por su

ubicuidad y presencia constante ya prácticamente en la totalidad del espacio urbano y que se mantiene continua, paralela y solapada en el tiempo propio del territorio.

En este sentido, estoy proponiendo una diferenciación ciertamente más sutil que la que los debates desde la antropología, la sociología o la geografía urbana habían sugerido durante la década de los años noventa del siglo pasado. En efecto, lo que las bien conocidas formulaciones de Marc Augé, Manuel Castells y Stephen Graham proponían entonces era una clara diferencia entre los espacios físicos de la ciudad y toda la arquitectura digital que hacía posible los entonces incipientes entornos virtuales.⁶⁶

Lo que estamos planteando aquí no es exactamente esto. Nos estamos refiriendo a la inmensa capacidad que, gracias al uso intenso y constante de los dispositivos tecnológicos de última generación, tienen actualmente los habitantes urbanos para hacer uso de la comunicación no presencial de manera ubicua y continua en el espacio urbano, sin ningún apremio espacial ni temporal, en cualquier lugar y momento. Hablamos, por lo tanto, del uso de un nuevo *tempo* digital que se caracteriza por su extraordinario impulso totalizador: es intensivo en el tiempo y extensivo en el espacio y representa, en consecuencia, una nueva construcción cultural del tiempo urbano.

Uno de los resultados más evidentes de esta realidad que actualmente se está revelando de forma más clara y contundente es la progresiva abolición de los «tiempos muertos». Es decir, aquellos fragmentos de tiempo de carácter residual, atrapados entre la producción y la reproducción; entre el tiempo de la movilidad y el de la estancia; aquellos espacios de tiempo indefinido por su inutilidad productiva y que hasta ahora se equiparaban al concepto de la espera. Se trata de un tipo de tiempo claramente destinado a desaparecer del concepto de la ciudad digital, en tanto que la tecnología de los bits permite fácilmente llenar estos vacíos temporales siempre y en todo momento.

Así, poco a poco, el tiempo de espera se va llenado de actividades puntuales que la mayoría de veces no tienen ningún otro objetivo remarcable aparte de, precisamente, negar estas lagunas de tiempo, de forma que el tiempo urbano se va asimilando cada vez más en una textura homogénea uniforme y continua, plana y sin rugosidades, sin interrupciones, en una palabra: sin vacíos.

De hecho, resulta evidente una curiosa paradoja: por un lado, el proce-

66. En referencia a la dialéctica entre *lugares* y *no-lugares* de Augé; la diferencia entre *espacio de los lugares* y *espacio de los flujos* de Castells, y la distinción concreta entre *lugares físicos urbanos* y *espacios electrónicos virtuales* de Stephen Graham y Simon Marvin.

so de digitalización y el uso intensivo de la tecnología digital permite una mayor capacidad de reducir los tiempos necesarios en la finalización de nuestras actividades cotidianas. Pero por otro lado, estos tiempos libres, resultado de esa mayor eficacia y productividad en la gestión del tiempo, no restan como intervalos vacíos o indefinidos, sino que terminan constituyéndose como nichos para la reproducción, muchas veces compulsiva, de nuevas actividades y usos que estandarizan el tiempo tanto en términos materiales como en términos de la construcción cultural concreta que eso representa.

Hacer visible y reivindicar esta geografía del tiempo muerto es, en cambio y a mi parecer, rotundamente necesario, ya que el tiempo urbano parece seguir el mismo camino que nos han mostrado ya los procesos de ecualización territorial de programas urbanísticos y usos del suelo por lo que respecta al espacio. De este modo, la misma indiferencia paisajística que la *urbanalización* nos ha demostrado de forma más que fehaciente en las trazas físicas de la ciudad parecería aparecer, así pues, exportada respecto al uso del tiempo urbano.

Este rescate de los tiempos muertos, entendidos no como un vacío incómodo y expectante que es necesario llenar de forma indiscriminada, sino como un valor para pensar de forma crítica el mundo, puede empezar curiosamente por el reconocimiento de la oportunidad que representan los vacíos urbanos.

En este sentido, puede que los lugares de la ciudad interrumpida puedan ser las mejores plataformas para replantear, de forma crítica, el tiempo sin interrupciones que parece imponer de forma definitiva la sociedad urbana digital.

La razón y el último objetivo es evitar el advenimiento de la «ciudad sin pausas» que Richard Ingersoll ya vislumbraba al final del siglo pasado:

«Por todas partes en las áreas urbanas el pulso de la vida misma, al pasar de lo abierto a lo cerrado, de lo construido a lo vacío, de la ciudad a la no-ciudad, de lo blanco y negro a lo verde, ha perdido su ritmo. Claro que podemos sentir la cadencia del tráfico automovilístico, pero en las grandes extensiones extrurbanas, en los territorios enormes que circundan ciudades como Milán, Shanghái, Phoenix o México, las pausas parecen haber desaparecido.»

Sin interrupciones, el espacio urbano se hace indiferente; sin diferencias, el tiempo se convierte en algo común; sin pausas, la ciudad termina siendo un pulso sin ritmo. Si las metáforas de Ingersoll son acertadas, los vacíos urba-

nos no solo representan hoy una serie de espacios de oportunidades para la experimentación o la innovación desde el urbanismo más o menos táctico; no solo se convierten en posibilidades para el reciclaje urbano ya que pueden ciertamente acoger iniciativas de empoderamiento comunitario.

Más allá de estos valores inmediatos, los vacíos urbanos constituyen hoy la frontera donde recuperar el derecho al tiempo (muerto) de la ciudad, el derecho a la ciudad.

2.9. Referencias

- AUGÉ, Marc. *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Antropología sobre la modernidad*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- BASILICO, Gabrielle. *La ciudad interrumpida / Interrupted City*. Barcelona: Actar, 1999.
- CALVINO, Italo. *Lezioni americane. Sei proposte per il prossimo millennio*. 1.ª ed. 1988. Verona: Mondadori, 1993. [Ver trad. cast.: *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid: Siruela, 1995.]
- CASTELLS, Manuel. *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza, 1995.
- FUNTOWICZ, Silvio; RAVETZ, Jerome. «A New Scientific Methodology for Global Environmental Issues». En: COSTANZA, Robert (ed.). *Ecological Economics: The Science and Management of Sustainability*. Nueva York: Columbia University Press, 1991, pp. 137-152.
- GRAHAM, Stephen; MARVIN, Simon. *Telecommunications and the City. Electronic Spaces, Urban Places*. Londres: Routledge, 1996.
- HEYNEN, Hilde. «The peripheral condition». *UR. Revista d'Urbanisme*, n.º 9-10 (1992), pp. 55-58.
- INGERSOLL, Richard. «Il paesaggio come redenzione». En: DE ROSSI, Antonio; DURBIANO, Giovanni; GOVERNA, Francesca; REINERIO, Luca; ROBIGLIO, Matteo (eds.). *Linee nel paesaggio. Esplorazioni nei territori della trasformazione*. Turín: UTET / Università di Torino, 1999.
- LAGUILLO, Manolo. «La belleza de la periferia». *UR. Revista d'Urbanisme*, n.º 9-10 (1992), pp. 24-25.
- MUÑOZ, Francesc. «La soledat geomètrica: buits i plens al paisatge de la ciutat contemporània». *L'Avenç*, n.º 310 (2006), pp. 30-33.
- MUÑOZ, Francesc. «El tiempo del territorio, los territorios del tiempo». En: NOGUÉ, Joan; ROMERO, Joan (eds.). *Las otras geografías*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2006, pp. 235-254.

- MUÑOZ, Francesc. *Urbanització: paisatges comuns, llocs globals*. Barcelona: Gustavo Gili, 2008.
- MUÑOZ, Francesc. «La densitat urbana: de la ciutat de concentració al camp urbanitzat». En: FUSTER, Joan (ed.). *L'agenda Cerdà: construir la Barcelona metropolitana*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona / Lunwerg editores, 2010, pp. 75-114.
- MUÑOZ, Francesc. *Local, local! La ciudad que ve*. Catálogo de la exposición conmemorativa de los 30 Años de Ayuntamientos Democráticos. Barcelona: Diputació de Barcelona / Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), 2010.
- MUÑOZ, Francesc. «Beyond Urbanization: Urban Form and the Low-Carbon Challenge». En: NEL-LO, Oriol; MELE, Renata (eds.). *Cities in the 21st Century*. Nueva York: Routledge, 2015, pp. 69-77.
- NEL-LO, Oriol. *La ciudad en movimiento: Crisis social y respuesta ciudadana*. Madrid: Díaz&Pons, 2015.
- NEL-LO, Oriol; MUÑOZ, Francesc. «El proceso de urbanización». En: ROMERO, Joan (coord.). *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona: Ariel, 2004, pp. 255-332.
- RABAN, John. *Soft City*. Londres: The Harvill Press, 1974.
- RAMONEDA, Josep. «La periferia». *UR. Revista d'Urbanisme*, n.º 9-10 (1992), p. 1.
- SHULZ-DORNBURB, Julia. *Ruinas modernas: una topografía del lucro*. Barcelona: Àmbit Editorial, 2012.
- SOLÀ-MORALES, Ignasi de. «Terrain Vague». En: *Anyplace*. Nueva York: The MIT Press, Cambridge (Mass.), 1995, pp. 118-123.
- SOLÀ-MORALES, Ignasi de. «Terrain vague». En: *Territorios*. Barcelona: Gustavo Gili, 2002, pp. 181-194.
- SOLÀ-MORALES, Ignasi de. «Arquitectura líquida». En: *Territorios*. Barcelona: Gustavo Gili, 2002, pp. 123-136.
- SOLÀ-MORALES, Ignasi de. «Paisajes». En: *Territorios*. Barcelona: Gustavo Gili, 2002, pp. 152-161.
- SOLÀ-MORALES, Manuel de. «Proyectar la periferia». *UR. Revista d'Urbanisme*, n.º 9-10 (1992), pp. 2-4.
- VANCELLS GUÉRIN, Xavier. *Buits infraestructurals: estratègies operatives pel projecte de la ciutat contemporània*. Tesis doctoral. Barcelona: Departament de Projectes Arquitectònics. ETSAB, 2015.
- VATTIMO, Gianni. *El pensamiento débil*. 1.ª ed. italiana, 1983. Madrid: Cátedra, 1992.